Reseña

Doi: https://doi.org/10.25100/hye.v16i54.10113

Recibido: 29-10-2019 Aceptado: 30-01-2020

Sociabilidad e intelectuales en Tijuana

Elizabeth Villa

Entre el vacío y la orfandad. Sociedad y prácticas culturales en Tijuana, 1942- 1968. Tijuana: Centro Cultural Tijuana, 2018, 233 p.

Víctor Manuel Gruel Sández

Investigador de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de Baja California, Tijuana, Baja California, México. Doctor en historia por El Colegio de México.
Correo electrónico: victor.gruel@uabc.edu.mx
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-1131-1811

Además de ciertas nociones básicas sobre la ubicación y el imaginario de Tijuana dentro de la república mexicana, las y los lectores que se internen por este libro deberán relacionarse con la idea de sociabilidad como un "querer-estar-juntos", según la fórmula original del filósofo George Simmel. Inscrito en la tradición intelectual abierta por el historiador francés Maurice Agulhon (estudioso de las formaciones burguesas parisinas durante el siglo XIX), *Entre la orfandad y el vacío. Sociedad y prácticas culturales en Tijuana, 1942-1968*, de Elizabeth Villa, amplía el bagaje y el itinerario conceptual de la sociabilidad al analizar clubes, asociaciones, ateneos, logias y seminarios que practicaron el arte de la conversación en español y sobre temas exclusivamente mexicanos. Todo ello ocurrió, de modo directo, en Baja California, a orillas de Estados Unidos.

La versión libro, ahora reseñada, fue antes una tesis doctoral y eso va a resultar perceptible para las y los lectores. A pesar del tratamiento editorial y estilístico antes de ir a prensa, el manuscrito no pudo liberarse de ciertas demostraciones demasiado escolares, mediante las cuales se abordaron, en los primeros capítulos, cuestiones aparentemente inconexas. Quizás habría

que advertir que, para el capítulo final, todos los abundamientos cobrarán su relevancia expositiva. Así, el primer capítulo representa la oportunidad para formular cierto conocimiento sobre las inversiones federales en California durante la Segunda Guerra Mundial; no obstante, la narración exige paciencia pues las prácticas culturales anunciadas desde el subtítulo aparecerán después. Importante en los dos primeros capítulos es la exploración de una fuente esencial para reconstruir el pasado urbano y turístico de las localidades fronterizas: la literatura de viajes publicada en Estados Unidos. Dicho género permite reconstruir los escenarios en que ocurrieron las acciones y discursos de las y los intelectuales tijuanenses interesados en fortalecer "la mexicanidad".

Apegada a una investigación convencional, la autora presenta un libro en que el espacio se convierte, así como 146 individuos rastreados hasta el cansancio, en protagonista. Pero no se trata de una dimensión objetiva del mismo, sino de su experiencia estética y subjetiva. La síntesis lograda en tres planos de la retícula urbana de Tijuana ilustra, gracias a fino diseño gráfico y cartográfico, un espacio "resemantizado" por la coexistencia del turismo de vicio (alcohol, prostitución y pornografía) y los valores patrióticos promovidos por familias y sus hijas e hijos en edad escolar. La narrativa del libro logra empalmar una serie de desfiles cívicos y conmemorativos que, junto con el "perímetro de la honestidad", buscaban darle un contrapeso a los prostíbulos y cantinas destinadas para el consumo de ciudadanos estadunidenses.

Elizabeth Villa escribió sin temor o prejuicio alguno a la hora de acudir a todas las fuentes disponibles sobre el tema. Quizás no agotó el problema de investigación sobre el turismo en Tijuana (pues casi cualquier hallazgo en la materia encuentra rápidamente su tribuna), pero ya forma parte de un listado de referencias obligatorias: de Humberto Félix Berumen (*Tijuana, la horrible*), Norma Iglesias (*La flor más bella de la maquila*), Heriberto Yépez (*Tijuanalogías*), Paul Vanderwood (*Juan Soldado*) y Néstor García Canclini (*Culturas híbridas*). La diferencia con esta (o cualquier otra) lista de títulos sobre Tijuana es que la autora abona a un género de investigación regional algo descuidado: la historia cultural, sobre todo, porque al modo de los autores franceses, esta no puede prescindir del ingrediente literario. Se trata, pues, de un libro producto de una feliz conversión disciplinaria: Elizabeth Villa originalmente cursó licenciatura y maestría en literatura y, para obtener su grado de doctora en historia, escribió *Entre la orfandad y el vacío*. Del diálogo con las ciencias sociales resultó un buen producto.

El libro hubiese ganado mucho, sin embargo, de haber reflexionado sobre la vida y obra del poeta californiano Curtis Zahan (1912-1990), cuyo artículo "La huérfana que nadie quiere" apareció en las páginas de la prestigiada revista *Westways*. El título del libro es, vaya, paráfrasis de Zahan. Del mismo modo que el detective que radicó en la frontera y publicó sus memorias en la ahora extinta editorial Costa-Amic, Joaquin Aguilar Robles, a quien Elizabeth Villa le dedicó una anotación prosopográfica, Zahan (cuyos papeles están resguardados por la Universidad de Boston, en Massachusetts) es un personaje central que amerita, incluso, todo un libro.

Una de las herramientas más poderosas para escribir historia cultural es la curiosidad libresca y la autora, así lo leerán las y los lectores, la tuvo. De lo contrario, no se explica el esmero sistemático que dio forma al magnífico cuadro 3 (desplegado entre las páginas 94 y 99) cuya concentración de títulos, autores y editoriales que publicaron sobre Tijuana durante la segunda mitad del siglo xx resulta una verdadera aportación al quehacer historiográfico. Creemos esto pues la identificación sobre el "discurso moralizador" contrario a la "leyenda negra" de la concupiscencia de Tijuana adquiere en el libro sus coordenadas básicas. Así, en el capítulo tercero sabremos que dicho discurso fue producto de un "mecanismo de autolegitimación gremial" (página 63).

Uno de los problemas del libro es que las fuentes hemerográficas que fueron citadas por puñados resultan insuficientes para demostrar la "urbanización deficiente" de Tijuana. De hecho, convendría acercarse al libro con ciertas reservas acerca de la condición citadina. Las notas de periódicos y revistas son testimonio de la expansión del centro urbanizado de Tijuana, mas no prueban el proceso metropolitano que experimentó el asentamiento fronterizo. Lo que importa de las referencias noticiosas es la presencia de los comités moralizadores y el modo como se relacionaban con una ciudad que, décadas después, habría de convertirse en mito de sí misma. *Entre la orfandad y el vacío* es buen texto pues no es tijuanocéntrico —cualquier cosa que ello signifique—. La portada, por ejemplo, en la que aparece una fotografía en la que mira fijamente a la cámara el filósofo autodidacta Rubén Vizcaíno Valencia, fue tomada, precisamente, en la capital de la entidad, en Mexicali (a cientos de kilómetros de Tijuana). Vizcaíno Valencia, conviene decirlo, además de formador de instituciones y promotor cultural e intelectual, es colocado dentro de una lectura estatal, de todo Baja California, en la que importa más la consolidación de la educación superior y, sobre todo, la emergencia de agrupaciones políticas locales.

Nuestra opinión última acerca del libro es que trata, *grosso modo*, sobre la experiencia histórica de habitar Tijuana sin perder distinción social. Si bien las prácticas culturales, diremos en tono metafórico, no taparon el sol con un dedo, vaya que eclipsaron las representaciones negativas sobre este espacio. Y es que Elizabeth Villa supo inscribir su obra en la línea historiográfica que concibe a Tijuana como "ciudad de los clubes", al ir describiendo cómo las asociaciones de individuos interesados en los saberes humanísticos construían, en contrasentido, los muros y vallas simbólicas que evitaron la intromisión de los turistas provenientes de Estados Unidos. *Entre la orfandad y el vacío* es, sin duda, acerca de cómo tomar distancia del turismo y el resto de la sociedad: Elsa Arnáiz, de manera anecdótica, una de las siete personas entrevistadas que atestiguaron aquella época, lo confirmó. El "clubismo" tijuanense fue bastante orgulloso: sus miembros se jactaban de autofinanciar sus obras, pues no andaban con "pedideras" (página 116), a diferencia de otras agrupaciones con prácticas más corporativas y afiliadas al partido político oficial. Además de circuito de filantropía, la cultura fue vehículo para consolidar una clase social ("media", según una caracterización bastante débil de la autora), pero, sobre todo, para gestionar localmente relaciones endogámicas.

Los intelectuales tijuanenses de la década de 1960 procuraron la distancia del pódium, para diferenciarse, según escribieron al gobernador de turno, Eligio Esquivel Méndez, de las "modalidades retardadas, obscurantistas y aristocratizadas" (página 125) de otras agrupaciones, incluidas las de turistas nacionales e internacionales. En términos de relevancia literaria, convendría mencionar que la autora siguió los contactos de estos personajes con plumas renombradas como Octavio Paz, Carlos Pellicer o Martín Luis Guzmán, escritores mexicanos que, atraídos por los grupos que el libro retrata, visitaron Tijuana. El rescate de esas visitas no constituye un logro provinciano, sino la consolidación de la política cultural del Estado mexicano que llegó hasta periferias lejanas como las tijuanenses.